

Vén, mi virgen desposada.  
Dios nos bendijo, vén ya . . .  
Cuélgate á mi brazo . . . vamos! . . .  
Vés aquella luz? . . . allá! . . .

Qué aroma nos vá siguiendo?  
Qué arrullos tan blandos hay?  
Es tu voz? . . . son las palomas  
Que duermen entre el juncal? . . .  
Mira qué azul está el cielo!  
La noche . . . qué hermosa está!  
¿No encuentras que hoy todo tiene  
Tintas de felicidad? . . .  
Llevo luz dentro del alma,  
No sé qué luz celestial,  
Que esta noche se apostaron  
Los astros y tú á brillar . . .  
Vás temblando . . . tienes frío?  
Confésalo . . . sí! . . . verdad?  
Ya estamos cerca . . . muy cerca . . .  
Ves aquella luz? . . . allá!

Regué con flores la entrada,  
De flores cubrí tu altar,  
Que aunque el invierno las hiela  
Vida el corazón les dá . . .  
Ya vamos llegando . . . aprisa . . .  
Pero más de prisa . . . más! . . .  
Ya huellas las blancas rosas . . .  
Ya estás á la puerta . . . ya!

Sol que en esta noche vienes,  
Radiante de claridad,  
Dando luz á este recinto  
Que nuestro cielo será;  
Sol que con tu rayo enciendes  
Dentro de mi alma un volcan,  
Entra ya, luz de mi vida,  
Sol de mi felicidad,  
Entra, que si aún tienes frío,  
Ya dentro no tendrás . . .  
Si el amor palpita en él  
¿Qué lumbre falta al hogar?

## V.

CASTRO (FRANCISCO DE)

## JUNTO AL RIO.

Al Sr D. José María Flores Verdad.

\*\*

Pálidas brumas que tendéis flotantes  
Blanco crespon en su gentil ribera,  
Auras sonoras del Abril florido,  
Tardes serenas;

Aves que alegres entonais canciones  
Nidos formando en la apacible selva,  
Zéfiros suaves que pasáis gimiendo,  
Brisas ligeras;

Suaves tendiendo vuestras leves alas  
Sobre las ondas de su linfa tersa,  
Dadle mi amor, y mis suspiros dadle,  
Dadle mis quejas!

Rio, cuyas aguas cristalinas fueron  
Mudos testigos de mi edad primera,  
¡Cuántos recuerdos al mirarte, en mi alma  
Triste despiertas!

Tú suavemente murmurando corres  
Lechos cruzando de apacible arena,  
Y hay en tus ondas de cristal y espuma  
Lánguidas quejas.

Juncos erguidos de flexible caña  
Cubren tu borde y tu corriente cercan,  
Y auras errantes con tus ondas puras  
Plácidas juegan.

¡Oh, cuántas veces á la fresca orilla  
Que las espumas de tu linfa besan  
Vino mi madre á contemplar tus ondas,  
Viéndose en ellas!

Cuántas también bajo las verdes palmas  
Que presurosa tu corriente riega,  
Vino, mezclando con tu arrullo suave  
Débiles quejas!

Y hoy que doliente murmurando corres  
Léjos, muy léjos de su imájen bella,  
Dime . . . ¿con tierno y sosegado arrullo  
Lloras su ausencia?

Rio cuyas ondas contemplar pudieron  
Cándido el rostro de mi madre tierna,  
Ya que hoy no puedes retratar su imájen,  
Háblame de ella

1879.

## VI.

CUELLAR (JOSÉ T. DE)

EL SUSPIRO Y LA LAGRIMA.

\*\*

—¿Adónde vas? una furtiva lágrima  
Le preguntó á un suspiro.  
¿Cual todos tus hermanos vas al viento,  
O es otro tu destino?

—Voy en alas del viento á do me manda  
Un pecho conmovido;  
Dijo al pasar junto á la tibia lágrima  
El íntimo suspiro.

Adios!—y ya al perderse en el inmenso  
Espacio de zafiro.

—¿Adónde vas? la lágrima pregunta  
Adónde?—Al paraíso.

Entretanto la lágrima, del ojo  
A tierra había caído,  
Envidiando, ya tibia y casi yerta,  
La dicha del suspiro.

—¡Ay, yo también salí callada y triste  
De un pecho conmovido;  
Al contemplar de un pobre los dolores  
La caridad me hizo!

¿Y he de morir en el inmundo polvo?  
Desconozco el camino  
Para llegar adonde van, como ese,  
Felices los suspiros.

En tanto vino el frío de la aurora;  
Y leve niebla, coronando el rio,  
Se fué elevando como polvo de oro  
Y se perdió en el cóncavo infinito . . .  
Allí subió la lágrima siguiendo  
La huella del suspiro,  
Hasta llegar, como este, ante las plantas  
De Dios en el eterno paraíso.

## LA FLOR Y EL SOL.

SONETO.

\*\*

Crece gallarda flor en la pradera,  
Y púdica, velando el albo seno,  
Desdeña del amor dulce veneno,  
Casta y hermosa en su virtud austera.

Se encumbra el rojo sol y rebervera  
Su lumbre pura en el zenit sereno;  
Y un rayo nada más de vida lleno  
Abre la flor que á amar se resistiera.

Así tu corazón cerrado un día  
Esquivaba la luz de mis amores.  
Y el tierno afán que mi alma enloquecía:  
Pero mi amor con vivos resplandores  
Abrió tu pecho á la esperanza mía,  
Como abre el sol el cáliz de las flores.

## VII.

CUENCA (AGUSTIN F.)

(La siguiente composición que nos fué remitida sin nombre por el ya ilustre autor de "La Cadena de Hierro," servirá de introducción á un libro que vá á publicar con sus inimitables versos, ordenados y coleccionados).

\*\*

Sigue adelante; de mi oscuro asilo  
No detengas el paso entre las flores;  
Vuelve á tu fiesta orgiástica, y tranquilo  
Déjame con mi mal y mis dolores.

Vuelve á las redes del amor brillantes,  
Frágiles al placer y veleidosas;  
Vuelve el seno á estrechar de tus bacantes,  
Vuelve en el vino á deshojar tus rosas.

Sigue; no pares en mi aduar sombrío;  
La espalda torna á mi nublada frente;  
Vuelve á la lumbre de tu sol de estío;  
Déjame con mi luna refulgente.

Déjame con mis auras refrescantes  
Que al valle arrojan con murmurio blando  
Plúmbagos coronados de diamantes,  
En su carro de nácares volando.

Déjame con mis palmas cimbradoras,  
Mis faunos en la lóbrega espesura,  
Mis fuentes y mis aves cantadoras,  
Mi alcor florido y mi montaña oscura.

No pares en mis campos silenciosos  
A la meditación siempre risueños;  
Déjame con mis silfos vaporosos,  
Mis dulces dichas y mis tristes sueños.

A su paz funeral mi asilo aduna  
Extraños seres que con formas varias,  
A los pálidos rayos de la luna  
Cruzan las arboledas solitarias.

Visiones de la noche en imposibles  
Sombras que de misterio se rodean;  
Incorpóreos fantasmas intangibles,  
Duendes que fugitivos traveséan.

Aquí dialogan los sauces yertos  
Con las escarchas del invierno helado;  
Con la retama funeral los muertos,  
El fátuo fuego con el duende alado.

Aquí en secreto diálogo de amores  
Bullendo entre las aguas cristalinas,  
Acechan á los faunos triscadores  
Con ojos de esmeralda las ondinas.

Ventana y muro en la calleja aislada  
La negra noche en su crespon emboza,  
Y los sueños del alma enamorada  
Pasan en su auri—espléndida carroza:

Delirios de embozados caballeros,  
Que besan á las pálidas doncellas  
Al callado fulgor de los luceros  
Y al dulce titilar de las estrellas.

Cifras de amor el tronco del lentisco  
Guarda en mis campos, y la palma airosa;  
Historias tiene el torreón morisco,  
El templo en ruinas y la cruz musgosa.

Cuando muere la tarde, aquí gorgéa  
El pardo ruisenor en los palmeros;  
Asoma en los collados Galatúa,  
Y Diana fugitiva en los oteros . . .

. . . De sueños, nada sabes? ¿no te aqueja  
Su alegre turba con amante exceso?  
¿Agua es el llanto para tí, y la queja  
Sonido nada más, y ruido el beso? . . .

Vuelve impuro al deleite, al fementido  
Goce que encuentra en la revuelta vida,  
A Sileno entre pámpanos caído  
Y á Mesalina en el divan dormida.